

El color del miedo

Simona Tanzini



El siroco del agosto siciliano coge a Viola totalmente desprevenida. Periodista romana, reina del sarcasmo, y afectada por una sinestesia que la induce a asociar colores con personas, aterrizó hace casi un año en Palermo y aún trata de acostumbrarse a un lugar excesivo tanto por su clima abrasador como por su exuberancia y sus contrastes.

Cuando una joven de veinte años aparece asesinada, Viola es incapaz de creer que el principal sospechoso sea Zefir, un popular cantante. Decidida a indagar por su cuenta, en su investigación se adentra también en el pasado de una ciudad contradictoria hasta que, ayudada por su capacidad para percibir tanto los colores de las personas como aquello que realmente esconden, descubra la verdad de una realidad fragmentada.

Índice de contenido

Martes, 1 de agosto

Miércoles, 2 de agosto

Jueves, 3 de agosto

Viernes, 4 de agosto

Sábado, 5 de agosto

Domingo, 6 de agosto

Lunes, 7 de agosto

Martes, 8 de agosto

Miércoles, 9 de agosto

Gracias

Sobre la autora

A Trifase

Cuando me preguntó: «¿Conoces el verano?»
yo por un día por un momento
corrí a ver el color del viento.

FABRIZIO DE ANDRÉ

Si soplara de veras aquel viento
de siroco
y llegase cada día para empujarnos a mirar
detrás de la cara abusada de
las cosas
en los laberintos oscuros de las
casas
detrás del espejo secreto de
cada rostro
dentro de nosotros.

FRANCESCO GUCCINI

Martes, 1 de agosto

Tres por tres. Aquí dicen que la regla es esta: tres días de siroco, tres veces al año. Vivo en Palermo desde hace once meses –once meses dentro de tres días– y sé que no tengo ni el conocimiento ni la experiencia para cuestionar la sabiduría local. Ojalá el siroco ocurra solo tres veces al año. Eso espero.

Sobre la historia de los tres días tengo mis dudas. La última vez duró cuatro días y medio. Son cosas que se notan. Quiero decir, si vas por ahí inmersa en una atmósfera de cuarenta grados, con sensación térmica de cuarenta y nueve, y con un sofocante secador de pelo a tope encima todo el tiempo, te das cuenta de si son tres días o cuatro y medio.

Esta mañana, a las ocho y cincuenta y seis, ya parecía que estábamos en un horno con ventilador. No es que mire la hora cada cuatro minutos; estaba comprobando si llegaba tarde al funeral. Llegué tarde al funeral. Llegué a las nueve y cinco, para ser exactos; la ceremonia aún no había empezado, pero la iglesia ya estaba a reventar. Un compañero de otra cabecera estaba fuera charlando con la clase media de los intelectuales locales y me advirtió de que ni siquiera tratara de entrar, porque la temperatura era insostenible. De todos modos, lo intenté abriéndome paso entre la multitud. La primera iglesia en la historia de la cristiandad donde en verano hace más calor dentro que fuera. Salí.

Me balanceo de pie desde hace cuarenta minutos y me está entrando la duda de que quizá en Palermo los funera-

les duren más que en Roma. Tienen esta extraña relación con la muerte, la espectacularización del dolor; si ya destacan en la cotidiana teatralidad de cualquier cosa que pueda dar pábulo a lamentaciones, figurémonos en las ocasiones especiales. Además, el difunto era famoso, un nombre relevante de la clase nobiliaria de la isla. Nunca lo conocí. Yo estoy aquí por Santo.

Hasta ahora he resistido y no me he sentado en el murete bajo de la iglesia; los autóctonos están bastante atentos a las formas y en el murete solo hay un mendigo que sujeta con una correa a un perro somnoliento. Ninguno de ellos está en absoluto intimidado por el desfile de políticos, intelectuales y periodistas. Me vuelvo hacia el coche fúnebre, que tiene la puerta trasera levantada. Sería perfecto. Sentarse allí, digo. Altura justa, relativa comodidad, la puerta haría sombra, y alrededor no está ninguna de las cerca de cincuenta personas que se han quedado fuera de la iglesia y van creando corrillos de elementos intercambiables. Si hiciera menos calor, me divertiría bastante observando vestidos, gestos e interacciones y toda la vida cotidiana como representación, que diría Goffman. Palermo, desde este punto de vista, es un laboratorio extraordinario para un sociólogo. Se me están doblando las rodillas.

Decido que, si en serio estoy tomando en consideración la idea de sentarme en un coche fúnebre, entonces quizá sea hora de que me importen un carajo las formas e instalarme en el murete. En un rincón. Y ya que estoy, en este momento, tanto da encender un cigarrillo.

Dos minutos de paz. No veo a Santo desde hace meses, desde que se marchó y nos abandonó a nuestro destino. Más que nada, me abandonó a mí; los demás no han sufrido mayores consecuencias. Sobre todo los que habían llegado hacía poco, como yo. Ellos no habían establecido ningún vínculo con Santo.

Ahora bien, objetivamente, tampoco es que yo tuviera una relación profundísima con él. Es que se le puede definir como el clásico tipo de pocas palabras e interacción social tendente a cero.

Creo que la cantidad total de palabras que me dirigíó en tres meses, haciendo un cálculo rápido, veamos, diría que fueron unas ochenta palabras al mes, añadamos algún extra..., más o menos me habrá dicho trescientas palabras en total. Trescientas palabras, en general, un jefe de redacción te las dice en un turno, sobre todo si llegas tarde, si no le gusta el planteamiento que has dado al reportaje o si está de humor para contarte aquel día en Via d'Amelio cuando él y el cámara y la multitud y los policías.

A veces Santo me sonreía, un par de veces incluso lo he hecho reír. Cuando se lo conté a mi amigo montador, me miró alterado: ¿Santo se ha reído? Santo se ha reído. ¿Contigo? Conmigo.

De hecho, creo haber sido su desesperación. Siempre tan insegura sobre el planteamiento, sobre el montaje, sobre los efectos, sobre todo. No es que quisiera hablar conmigo; es que no le quedaba elección. Porque yo tenía que hablar con él.

Luego llegó el día en que se sumaron un discreto cansancio y la posibilidad de ponerse a la espera para presidir alguna institución o alguna de las fundaciones que llevan el nombre de su familia, y Santo dijo adiós. Bueno, no exactamente. Parece que no se despidió de casi nadie, muchos ni siquiera sabían que aquel era su último día. Yo, sí. Fui a verlo. Me puso las manos sobre los hombros, me sonrió y me dijo: por favor, hazlo lo peor que puedas.

Y yo siempre he seguido las indicaciones de Santo al pie de la letra.

Una ráfaga de siroco particularmente cabrona hace caer una enorme corona colocada sobre un trípode. El microrrillo de al lado se aparta apenas a tiempo. Durante algunos minutos están todos indecisos sobre qué hacer,

quieren intervenir, parece feo, es un funeral, pero esa cosa pesará una barbaridad. Luego llegan los hombres de las pompas fúnebres y se ocupan de ello. Mueven la absurda construcción a un lado, a un metro de mí. Apago el cigarrillo, me levanto y me voy. Los observo mientras separan la corona de la estructura principal.

Me alejo. Paseo en un espacio de cinco metros. Son las diez y cuarto. Estoy jadeando. No aguanto más. Y, por fin, empieza a salir gente de la iglesia. Primero pocos, en pequeños grupos. Luego el goteo se convierte en un flujo constante. Luego sale el ataúd y lo cargan en el coche fúnebre junto con los cojines, las flores y las coronas. También la que se ha caído. De la iglesia continúa derramándose hacia fuera más y más humanidad.

Enciendo otro cigarrillo. Santo será el último en salir. El difunto era su hermano.

No sé bien por qué estoy aquí. En los funerales soy inútil. Me niego a decir las frases convencionales –anímate estoy a tu lado ha vivido una vida bellísima te quería mucho lo queríamos mucho etcétera–, pero tampoco estoy en condiciones de decir nada más. En general, prodigo sonrisa semiabrazo besito en la mejilla mirada de participativo y conmovido dolor, y me voy.

Solo quiero verlo otra vez. No sé siquiera si quiero que él me vea a mí. Quizá no.

Un director con tono de langosta está charlando con un compañero jubilado.

–No ha querido publicitar de ningún modo los funerales.

Suspiro. Lo sé bien. He tenido que buscarlos rastreando toda la prensa local.

Pasan otros diez minutos. De vez en cuando lanzo vistazos rápidos al acceso de la iglesia. Y luego lo veo. Está fuera, en las escaleras, hablando con algunas personas. Una figura clara, alta, enjuta y recta en medio de un público que tiende a estar inclinado. Y ahora no sé qué hacer.

Veo que el director salta hacia él. Lo dejo lidiando solo contra el dolor ajeno. Levanto la mirada únicamente cuando lo oigo pasar junto a mí y saludar. Santo baja las escaleras y está sobre la acera. Dentro de poco se marcharán. Me muevo hacia él. Me detengo a un par de metros, me apoyo en una moto. Si se da la vuelta y me ve y decide saludarme, estoy aquí.

Se da la vuelta. Me ve. Me sonrío. Sonrío yo también. Me gusta, todo ese celeste hielo. Es refrescante. Se acerca, un hombre lo intercepta, él le dice algo y le hace señas de que espere. Llega delante de mí y nos damos dos besos en las mejillas. Sus ojos, azules, están brillantes. No está bronceado. El pelo canoso parece más largo que la última vez que lo vi. Me pregunta, siempre sonriendo, cómo estoy. Digo: bien. Tengo los reflejos de no hacer saltar el automático «¿y tú?». Pero debo decir algo. Empiezo: solo quería. Después me interrumpo. Añado: nada. Luego sigo: es solo que. Santo, si no estuviera tan afligido, probablemente se reiría. Me toma la mano. Me da las gracias. Me dice que le complace que esté aquí. Me quedo callada, es evidente que es mejor así. Me dice: buena suerte. Me da dos palmaditas en la mejilla izquierda. Sonrío otra vez. Se marcha.

Y me voy yo también, justo tras haber establecido el récord de la absurdidad verbal funeraria: bien solo quería nada es solo que. Me felicito a mí misma.

Me detengo. Enciendo un cigarrillo. Me pregunto si puedo volver atrás y abrazarlo. Me respondo que no. Me voy y ya está. Ninguno de los colores de las personas presentes se me ha quedado impreso.

Puedo irme con el celeste de Santo.

Por otra parte, no es que irse sea algo tan sencillo. El calor interfiere con la transmisión del impulso nervioso de las motoneuronas. Yo, en efecto, apenas siento el calor y el

frío; no estoy en condiciones de percibir la temperatura sobre buena parte de mi cuerpo. La valoro con otras técnicas. Por ejemplo, cuanto más me cuesta desplegar las piernas, que deben moverse una delante de la otra, paso a paso, más calor hace. A partir de los treinta y un grados se convierte en una lucha entre dos voluntades contrapuestas. Por encima de los treinta y cinco grados, corro el riesgo de un bloqueo motor. A juzgar por cómo me estoy divirtiendo caminando por las irregulares aceras del Palermo residencial de la gente bien, estamos en torno a los treinta y tres. Tengo dos grados de tiempo para llegar a casa.

Hoy es mi primer día de vacaciones. Lo he inaugurado con un funeral. Entro otra vez en servicio el día 15. Hasta ahora he tenido suerte con el siroco: la primera vez que tuve que enfrentarme a él estaba toda la semana de turno a las cinco de la mañana; a esa hora aún se respira y se camina. Esta vez estoy de vacaciones. Preferiría evitar que alguien del trabajo me viera con un bloqueo motor; tengo la vaga sensación de haberme olvidado de decirle algo a la empresa. Por ejemplo, sí, soy profesional desde hace quince años, soy experta en cultura y exteriores, hablo tres idiomas y, ¡uy!, casi me olvidaba, quizá habría otro pequeño detalle; pero no vamos a ponernos formales por alguna neurona un poquito dañada aquí y allá.

Hago un pequeño desvío y me detengo en mi bar-pastelería preferido. Estoy deshidratada. Pido un zumo de fruta del tiempo. Los camareros ya no se asombran. No estoy en condiciones de percibir siquiera la temperatura de lo que como y bebo. En la barra están mis dos camareras preferidas, me caen bien a pesar de que tengan unos colores un poco chillones para mi gusto: una es amarillo canario; la otra, un rojo encendido vivísimo. He aprendido que los colores de las personas no los debo asociar necesariamente al carácter, y aún menos a mis gustos cromáticos, tampoco los de la música. A mí no me gusta el rojo la-

drillo, pero no por eso la *Quinta* de Beethoven me desagrada, a pesar de que cuando la escucho el color predominante es el rojo, matiz ladrillo incluido.

La sinestesia se considera un trastorno neurológico. Además de ser una figura retórica. Yo me opongo a la definición de «trastorno neurológico»; en parte porque quisiera evitar convertirme en un manual de neurología general ambulante, en parte porque no es un trastorno. Es una particularidad, digamos. Una característica. Algo. No un trastorno.

Soy así desde pequeña. Desde mucho antes del otro diagnóstico. Aquel me lo dieron hace dos años y medio, y cuando me preguntaron si alguna vez había tenido patologías neurológicas dije que no.

Porque no es una patología. Es una figura retórica, justamente. Que a veces toma forma en las personas. ¿Y qué? Aquí estoy rodeada de hipérbolos y énfasis, se chapotea en la alegoría, es el reino de los metalogismos. ¿De veras queremos meternos con una sinestesia?

En literatura, un ejemplo clásico de sinestesia son las vocales de Rimbaud; aunque nunca he entendido si hacía poesía o si las veía de verdad así. Estirándola un poco, un poco demasiado, a decir verdad, podemos meter también *El color del viento* de De André.

En neurología, es cuando un estímulo sensorial produce una reacción a otro nivel sensorial. Por ejemplo, sientes el olor del mar y te suena en la cabeza una nota musical, interacción olfato-oído. Percibes el gusto de algo y se te enciende una imagen o una forma geométrica; o ves un color y tienes la sensación de percibir un olor relacionado. Son sensaciones, no son fenómenos físicos: no ves de veras nada ante los ojos, ni sientes de verdad nada en las orejas. Pero lo sabes. En una parte de tu cerebro se enciende algo que tiene un color preciso, y tú sabes que es eso.

Yo tengo sinestesia cromática, o al menos ese es el origen. Música igual a color. El primer acorde de la *Quinta* de Beethoven es rojo burdeos. *Plafone*, de Rocco Tanica, es azul en el teclado. En el piano asume también matices celestes, rosas y lilas.

Luego la historia, con los años, se fue complicando, o quizá simplificando. La materia está hecha de partículas, dice la física. También podría estar hecha de partículas de sonido, elementos esenciales de notas. La realidad podría estar compuesta por quarks musicales. Incluidos los lugares. Y los seres humanos. Todas las personas podrían tener su música, personal e interna. No sé si se debe a partículas de sonido o a otra cosa. La verdad, nunca he entendido por qué en un momento dado yo empecé a ver el color de las personas. En realidad no soy capaz de oír su música. Solo estoy convencida de que todos tienen una música y que, cuando resuena, se puede ver su color.

En efecto, no todos. Algunas personas no tienen color. Significa que no tienen música. Son personas extrañas. Mejor mantenerse lejos.

Estoy sentada fuera sorbiendo un zumo ACE probablemente a más de treinta grados, cuando veo que una sombra se alarga sobre mi mesa. Levanto la mirada. Un hombre alto, muy delgado, de unos cincuenta y cinco años, con el pelo claro, ojeras y mejillas hundidas, me observa de arriba abajo.

—¿No tienes calor?

Evidentemente, no. Giuseppe, el jefe de redacción de Cultura color ocre. Al que llamo losif porque, apenas recién llegada a la nueva sede, decidió valorar mi nivel cultural con una cita de Brodsky para ver si la conocía. Obviamente la cita se precipitó al vacío.

—No mucho, no.

—¿Hoy no vas a la redacción?

–Vacaciones. ¿Tú?

–Entro enseguida. Me he desviado por aquí para ver si la librería de esta calle estaba abierta.

–He pasado esta mañana mientras iba al funeral del hermano de Santo. Estaba cerrada, pero quizá era demasiado temprano.

Me mira con curiosidad.

–Y ¿por qué has ido al funeral?

–Es un *hobby*. Hay gente que se va de vacaciones al mar, yo doy vueltas por las iglesias hasta que encuentro un funeral.

Losif tiene algo bueno: es una de las pocas personas en esta ciudad que nunca se sienten ofendidas por mi pésimo sentido del humor. Porque no le importa nada, supongo.

–¿Y cómo fue?

–Hacía calor.

–¿También en la iglesia?

–Sobre todo en la iglesia.

–¿Estaba media ciudad?

–Una buena parte. ¿Tú por qué no has venido?

Se distrae un instante comprobando el móvil, luego se encoge de hombros.

–Tenía otro compromiso. Ahora debo irme. Buenas vacaciones.

–Gracias, buen trabajo.

Mientras lo miro alejarse siento que repica el móvil. Es el tono de aviso que he elegido para el WhatsApp. Cuando repica durante la reunión de redacción creo una cierta consternación.

Me llega de un compañero una foto de los muelles del Sena. En casi un año aquí –sí, once meses dentro de tres días–, no puedo decir que haya hecho muchos amigos. Ni siquiera puedo decir que lo haya intentado demasiado. Fuera de la redacción conozco a una pareja, con ellos me llevo bien. Además, ella es médica y es la mártir que ha

asumido el rollo de ponerme la inyección que me mantiene en pie.

En la empresa la situación es un poco extraña. Son personas bastante singulares.

La Adi es una cadena internacional con tres sedes en Italia: Milán, Roma y Palermo. Yo estoy centrada en llegar a la de Edimburgo. Antes trabajaba en Roma. Cuando me dieron el diagnóstico, me dirigí a un hospital de Milán con fama de ser el mejor de Europa para gente con alguna neurona un poquito dañada aquí y allá. Y pedí a la Adi el traslado, sin especificar el motivo. Me dijeron que, de momento, no había puestos en Milán, pero que si quería había trabajo en Palermo.

Una persona en sus cabales se habría quedado en Roma, más aún si pretendía acercarse a Milán. Lo sé. Mi enfermedad no implica problemas lógico-cognitivos, al menos no en muchas ocasiones ni a corto o medio plazo. Quiero decir, hace un par de años tuve una fase en la que no conseguía usar adverbios de tiempo, pero duró poco. Fue la época en la que ya casi no caminaba, pero en unos meses volví a aprender.

En la empresa dije que me había caído con la moto y pedí la baja por enfermedad. De todas formas, ahora estoy en remisión: ando bastante bien, soy capaz de usar hoy ayer mañana, y sé que, si una está en Roma y pretende ir a Milán, no pide el traslado a Palermo.

Pero entonces estaba en un periodo raro. Estaba desincronizada respecto de mí misma. Me hacía falta empezar de nuevo. Cambiarlo todo. Necesitaba otra vida. Porque ya estaba en medio de una, un poco compleja, y además con las secuelas de la anterior. Debía volver a partir de cero.

Y no estaba en condiciones, física y psicológicamente, de pedir el traslado al extranjero. Al menos, no en el sentido de fuera de Italia. Pero Palermo es lo más extranjero que he visto en la vida. Es mucho más extranjero que París,